

## **DOMINGO CUARTO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos, 13, 14,43-52): *Yo te he puesto para que lleves la salvación.*

**Salmo** (99, 1b-3,5): «*Nosotros somos su pueblo*»

**2ª lectura** (Apocalipsis, 7, 9,14b-17): *Estos son los que vienen de la tribulación.*

**Evangelio** (Juan 10, 27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz.*

La primera lectura de hoy es una expresión, muy bien sintetizada, del conjunto de tensiones que fueron apareciendo entre los primeros cristianos y los judíos, todos ellos procedentes de la comunidad judía. Unos y otros creyentes en el Dios del Antiguo Testamento, pero unos entusiasmados por la predicación que de Dios hacía Jesús de Nazaret, mientras los otros ya habían rechazado a Jesús.

Bien pronto, el judío radical Pablo, convertido a la nueva fe, abre la puerta a la entrada de los no judíos en la sinagoga, es decir, a poder ser considerados como miembros de pleno derecho del pueblo de Dios. Y en eso, los que son herederos históricos, genéticos y religiosos de la fe de Israel no están dispuestos a ceder.

Todavía hoy resuena con frecuencia esta misma cuestión. Para unos son cristianos los bautizados e inscritos en los libros parroquiales. Para otros son los que practican los sacramentos. Para otros, son los que cumplen la moral cristiana que sería tener sensibilidad social y ayudar al prójimo o cumplir los mandamientos. Todo eso nos hace pensar.

Para los teólogos de aquella segunda generación de cristianos que se plantearon la cuestión y tuvieron que dar respuesta al problema de la relación con otras religiones o de los mismos cristianos entre sí, no son las diferencias externas, ni el cumplimiento moral, ni la sensibilidad social, ni la pertenencia a un partido u otro. Tampoco lo son las relaciones jurídicas con la institución correspondiente, ni la pertenencia a grupos de tradición bien contrastada y de costumbres muy implantadas. Lo decisivo para marcar el ser cristiano en sentido original y profundo es la actitud que se adopta ante Jesús y su Palabra, que es la que marca la diferencia con cualquier otra religión.

Al cristiano le corresponde la expresión “Padre” para referirse a Dios. Jesús tuvo ese título en su boca continuamente como clara forma de distinguirlo frente a las denominaciones que otros podían utilizar para referirse a Él, pero nos evocaban las mismas cosas que ese nombre tan familiar y bueno, tan lleno de ternura, compasión y preocupación.

Si hay quien dice que la infancia y la relación con los progenitores conforman el patrimonio psicológico y social de la personalidad, habrá que darles la razón a quienes, como Pablo, vieron enseguida que este Dios no es igual ni el mismo que el de los fariseos, al que ellos consideraban Juez.

Vivir la alegría de un Dios como el de Jesús es lo propio de un tiempo como el de Pascua que nos invita a ver, poco a poco, todas las consecuencias que tuvo la Resurrección para nosotros.

Tal vez, en algún momento de mi pasado, pensé que la vida eterna era para los que se morían, y, como entonces yo era muy joven, pensaba que eso tardaría un buen rato. Pero, al pasar los años, fui cayendo en la cuenta de que la vida eterna no es algo para después, ya que desde el bautismo fuimos sumergidos en la vida de Jesús, y Él tiene vida eterna. Jesús, en el texto del evangelio que leemos hoy nos dice: «*Yo les doy vida eterna*». No dice: “*Les daré*”, sino “*les doy*”. Mi vida como cristiano es ya vida eterna, si acojo ese don de Dios y escucho su voz.

¡**Vida eterna!** No quiere decir “*vida larga*”, “*muchos años*”, “*años colmados de bienes*” o “*años rodeado de gente amable*”; es más que todo eso: es la vida de Dios, vida divina, vida eterna. El Buen Pastor, el Resucitado, nos ofrece que no pereceremos jamás y que nadie nos arrebatará de su mano, porque somos sus ovejas, las que escuchan su voz.

Son tantas las voces que reclaman nuestra atención hoy en día que es necesario aguzar el oído para poder distinguir la voz de Jesús: «*Mis ovejas escuchan mi voz*». Es demasiado lo que está en juego como para perdernos la voz de Buen Pastor entre nuestros ruidos cotidianos, los que nos imponen y los que nos procuramos. Sin embargo, son las ovejas que escuchan y reconocen su voz las que a su vez son conocidas por el Pastor, las que le siguen.

Con lo fácil que hubiera sido para Pablo y Bernabé, quedarse en casa, entre los suyos, atendiendo sus negocios y viviendo tranquilamente hasta su venerable ancianidad, dejaron sus casas, su gente, sus bienes, y se pusieron en camino... ¡miles y miles de kilómetros a pie!, yendo de pueblo en pueblo, exhortando a todos a permanecer fieles a la gracia de Dios. Entraron en sinagogas que no conocían, se sentaron a hablar con gente extraña, arriesgándose a ser malinterpretados, rechazados, insultados y perseguidos... ¿Y todo para qué? Para que todos pudieran escuchar la voz del Buen Pastor a través de su predicación y se mantuvieran fieles a esa gracia.

Pero no nos equivoquemos. Los protagonistas en la Iglesia no son los discípulos Bernabé, María Magdalena, Lucas o Priscila, ni tampoco los apóstoles Andrés, Juan, Santiago o Tadeo, tampoco los gigantes de la fe, Pedro y Pablo. La protagonista es la **Palabra de Dios**.